

Juan Carlos Elijas

La sustancia última del mundo

CONTRAPUNTO

Pasó hace como tres años, de pura chiripada. Fue en la Bowery Poetry de Manhattan que me topé con el poeta Juan Carlos Elijas por primera vez, en una sesión de *slam poetry*. Cada uno por su lado se había acercado a sondear cómo andaban las cosas en lo que toca a la expresión, dicción o exposición en público de poemas por parte de los propios versificadores.

Días después nos encontramos de nuevo en el Instituto Cervantes en 49th Street, pues acababa de llegar desde España la expedición *Poetas por Km²*. Fue cuando tuvo lugar el show del dúo Accidents Polipoètics: «son mis paisanos», me dijo después, «hace veinte años que los sigo».

Desde aquella primera plática nos vimos unas cuantas veces, no desperdiciamos las pocas chances que una ciudad tan gigantesca ofrece. Yo venía desde Tlaxcala, luego de haber asistido creo que a un taller de poesía impartido por el maestro Juan Bañuelos, y me había enrolado en un programa de maestría en Literatura en la New York University.

Es cierto que Juan Carlos —aquí sus vecinos en 14th Street lo rebautizaron como Charlie, y así lo llamábamos todos— me dijo que volvía a España por un asunto bien gacho, que le había llegado un recado de su mamá. Pero no quise saber más. Nunca le pregunté por ello. De hecho, nos volvimos a ver muy pocas veces. Su estancia en la ciudad fue bien cortita, pues siempre afirmaba que regresaría a casa cuando le hubiera agarrado la onda a todo aquello.

Y ahora que leo su libro, regresan a mí aquellos días. Ya sé por qué dejó la ciudad durante una semana —un ser querido había bailado las calmadas— y comprendo que la poesía puede llegar a ser el idioma de todo lo que quema.

Poemario de ida y vuelta, de barrio a barrio, podría decirse, con el Atlántico de por medio, en desatado contrapunto de esto que llamamos vida, más o menos chingona. Él llegó aquí armado de su rollo tipo western, dispuesto a una conquista, como un John Ford catalán: Cargando sus antepasados en busca de las pepitas de la memoria, esa condensación de la trascendencia que late en el subsuelo de cada poema, como si fuera un palimpsesto desde el que de vez en cuando parece asomar la conciencia de la Filosofía.

Leer este libro me ha dado chance de conocer algo más la biografía de este cuate casi anónimo, como lo son casi todos en esta ciudad, que anduvo por aquí durante dos o tres meses y que ahora me cae de sorpresa pidiéndome unas letras para acompañar la edición de los poemas que acabó componiendo. No vino a echar la hueva, precisamente.

Son poemas que titula con las canciones con las que ambientaba su habitación y que a veces servían para hablar de rock, tema común, aparte del literario, que nos ocupaba alguna que otra gélida tarde del invierno neoyorkino.

Al final, acabó construyendo un poemario chido de versos interminables, versos río, gigantes, como el Hudson o el East River, a base de extensas combinaciones de metros de siete, nueve y once sílabas fundamentalmente, creando un ritmo embaucador.

Una poesía muy aliviada, escrita con la euforia de los tristes y sin embargo con algo de divertimento, con el artificio bien visible, indagadora de la memoria ancestral nacida en la tragedia, mostrando las rasgaduras del ayer y, al mismo tiempo, dando fe de lo principal que debe poseer un poeta: la capacidad de asombro ante la contemplación y la búsqueda de un lenguaje para conseguir comunicarlo. Y de este modo se aprecia el oficio, se intuye que sería capaz de conseguir lo mismo en cualquier circunstancia, auscultando las voces de cualquier ciudad, porque el que es perico donde quiera es verde.

Me puso contento, hermano Charlie, volver a saber de ti y poder acompañarte con estas modestas palabras que saben a tequila y al mole poblano que, con la paciencia del versificador aplicado, aprendiste a cocinar: al fin y al cabo, todo se reduce, como decías, a un accidente poético.

Edward Woods Flores
New York, mayo de 2017

LA CONQUISTA

La presencia de Nietzsche es cada día más importante. Pero me aburre la atención que se le presta para hacer recaer sobre él los mismos comentarios que se hacen o se harían sobre Hegel o Mallarmé. Yo, a las gentes que amo, las incorporo. La única marca de reconocimiento que se puede testimoniar a un pensamiento como el de Nietzsche es precisamente utilizarlo, deformarlo, hacerlo chirriar, llevarlo al límite.

FOUCAULT

ALL APOLOGIES

I

Nueve horas de vuelo de Barcelona a New York,
billete de ida y quién sabe la vuelta.
Mientras rellenaba el formulario de la aduana,
la sensación de estar rodando un western, trotando audaz a la conquista.

Huir de las gentes y encontrar más gentes que solo podrán ser pensadas
allí donde se sientan concebidas, en función del lugar que las sitúa,
donde suceda el drama en el que todo lo imaginado sea también posible.

Tan solo los lenguajes de la fábula nos harán comprender el mundo:
el ingenuo cowboy de medianoche, esta hoguera interior que no sucumbe,
que heredó los caprichos de los tropos, la dorada sintaxis del otoño
y sus campos semánticos cubiertos de maleza que habrán de ser un blanco
lecho en pocas semanas.

Tras nueve horas de vuelo, en esta habitación, 14th Street,
Chelsea, Manhattan, junto a la escollera.
Exploro una palabra y otra, un ancla, una forma para la vida
social, una teoría del mundo pensado,
una filosofía, una terapia del juego.

II

Ya todos los poemas numerados y en blanco,
la purificación de mi lenguaje, abierto a un manual del pensamiento:
el mundo es todo aquello que sucede.

Noto el lenguaje que comparto y el lenguaje interior,
el que habrá de significar mi cuerpo, rito y ceremonia,
anónima escritura para los desdichados
que somos en las cafeterías, bajo el tótem,
ante el edificio Dakota, ante los ojuelos de Lennon,
ante la tos de Enrico Rizzo o Dustin Hoffman,
cómo se sobrevive con el alma de cucaracha.

Aquí he llegado a reencontrarme con la voz de mis antepasados:
el bisabuelo Teodoro, los ahorros en un pasaje, a finales del diecinueve,
Little Spain, entre la séptima y la octava avenida,
o quizás Five Points o Hell's Kitchen, junto a los iroqueses,
en esta isla que costó veinticinco dólares
poco antes de que don Luis de Góngora
dejara este mundo de gualdrapas en su Córdoba galatea.

Hay diez canciones en nuestra tribu dijo el chamán y una habla
de cómo vendar los ojos a los novios.
Juan Ramón, recién casado, sus barcos
que arrancaron el collar de la pureza,
que fulminaron la dicha de vivir,
la guadaña y el rastrillo en un jardín clepsidro,
modernista, la piedra de amolar escondida
entre las ramas de alboradas taciturnas, calzadas
con mocasines cálidos, con pieles que curtieron
los que fueron pastores nemorosos.

III

New York, ciudad de leyenda, Hotel 309,
madre, serán unos días hasta que encuentre
mi sitio en esta isla que habitaron algonquinos,
lenapes del maíz y la verdad, custodios de las ostras del océano.

La New York de la caza en las praderas, cultivo de judía y calabaza,
de tabaco en los claros de los bosques.

Y ya empiezo a vivir acorralado por lo mítico, madre, imaginario,
como si ya todo, con cierta prisa, se hubiera de acabar muy pronto.

Los límites de mis palabras significan los límites del mundo,
tal como estos tres ríos limitan hoy mis pasos,
los ríos del ayer y del ahora, los ríos sin doctrina o teoría
que miran a los ojos como la muerte a la trinchera:
así el místico calla con su lengua el verbo prisionero y humillado.

Vivo mi western, ceno en Fort Clendennon,
el fuerte de los condenados, aunque se trate de un carro de perros calientes.
Uno pertenece a la patria de su soledad y Luciana Paluzzi entra
en el establo con la tristeza de las diosas
bajo los buitres, tan segura de la cercana
muerte, y besa los dedos de su amante, y sus manos coloca sobre el torso
y acaricia su cuello y muerde el labio hasta fundir invierno contra invierno.

Rastreo vestigios y sucumbo como el día, suave e irreparablemente,
haciendo mutis por el melodrama para cantar de nuevo bajo doradas frondas
de ginkgos y castaños.

Heme, por fin, aquí, a resolver las trampas del lenguaje,
esta vida maravillosa, la conquista sin bueyes ni corderos,
sin harina ni vacas: esta rebelión, madre, sabes, contra la muerte.

BECAUSE THE NIGHT

I

Este mundo está lleno de esperanzas.

He remontado el río Hudson hasta su cuna, hasta la lágrima de las nubes
en las montañas, y he sido Jeremiah Johnson, y he sido Davy Crockett,
y he sido invierno, he sido hielo flotante a la deriva,
pluma de águila o halcón, elevación del cálculo
que vuela, pintura en el rostro.

II

Deseo alcanzar el universo particular del nigromante,
la vida dedicada a la memoria, los veleros del ochocientos,
la miseria de Five Points que escandalizó a Charles Dickens,
los carruajes, la torre de la iglesia como el punto más alto en la manzana,
antes del rascacielos, mucho antes de la pérdida.

New York ya se expresa en abstracto
—Rothko, De Kooning, Pollock— y en hip hop por los suelos.
Mientras ellos se exhiben yo me recojo, los artistas
de la 14th Street, flamenco y escritura, los fotógrafos y pintores
para reavivar las ánimas, la fuerza del mensaje,
los saltos al vacío de la estrofa cantada,
la mujer primera y la euforia sentimental,
desnuda en sus collares cuando la blanca seda del almendro
vierta sus pétalos de fina leche entre granadas yemas:
desnuda invoca al parque por la noche, a la luna de fértiles abrazos.

III

Es el grupo salvaje de los hombres y su destino,
ante el peligro solos, ante el árbol del ahorcado
que es este rascacielos a mi espalda, formidables cactus de viento,
las cúpulas de viento, la demencia de los dos que cabalgan juntos
por Central Park o Puerto Lápice.

Ah, gigantes de wíchester y sable, avanzo en el desfiladero
haciendo frente a la cellisca, deseando ser piel roja:
primero fueron las imágenes y nacieron después las epopeyas.

He remontado el río Hudson y soy Gerónimo tal vez
con hachas y con lanzas neolíticas, con flechas y caballos entre el trigo,
la espera del amanecer que habrá de anunciar la victoria,
el agua de fuego entre los rifles y tambores.

IV

Después de la batalla pienso en mí: la Secretaría de Estado entre las llamas,
los edificios desahuciados, vanos, el corazón abandonado, en ruinas,
arrancado desde los besos, sepultado bajo las piedras.

Después de la batalla todo era una noche de invierno suscrita por el Bosco,
alguien entona el último lamento, la diligencia por los suelos,
los penachos del alma, las cabelleras, la horca
junto al abrevadero de una fragua desierta.

Un coronel, predicador, bendice víveres del espíritu,
la piedad o exigencia con lo remoto, mientras se aproximan los pálidos
jinetes con su lánguida agonía.

Se acerca un tipo con agallas mascando tabaco reseco,
apesta a pólvora y anuncia tras escupir desde el caballo
que este mundo está lleno de esperanzas.

He remontado el río Hudson hasta su cuna, hasta la lágrima de las nubes.
Es la superación del empirismo: el individuo que administra
sus errores de paz perpetua.

WILD HORSES

I

Por fin no todo era lenguaje. Mucho antes de la lógica,
en los territorios del mito, fue presumir la arquitectura
social de las identidades, bajo el relámpago y el trueno amigo,
las veinticuatro horas de jazz abierto para estimular la razón
y el éxtasis oscuro de la oscura noche del góspel,
el orden del desorden.

Porque desde donde venimos es la genealogía la que hereda la historia,
la muerte del sujeto es estadística,
análisis y norma, institución y documento.
Venimos de la leche y el acebo, de los idiomas sedentarios
que ven crecer la enredadera en mayo tras la nieve
y recolectan en agosto el fruto.

Porque desde donde venimos era la caza un campo de verdad,
los ciervos en los círculos de una memoria involuntaria.
La noche encubridora, y el vaquero zurdo en el rancho
domestica potros salvajes cuando la tarde cae con sus polainas.

Porque desde donde venimos no hay rastro de cuanto trasciende.
Sólo en esta ciudad de cámaras y ardides tecnológicos
la identidad asocia locos, presos y enfermos
para un control pactado de una vida mejor,
para un vehículo mejor, para una vivienda mejor, para un cargo mejor,
un empleo mejor, un negocio mejor: un cadáver mejor.

Porque desde donde venimos amarga guerra fuimos,
desde el ciervo y el lobo, antes de la escritura que cautivó la idea.

II

Por fin no todo era lenguaje. La memoria del pájaro del trueno
en el ronco dolor de las semillas, hasta un batir de blancas alas.
Y al abrir y al cerrar los ojos
hubo eternos relámpagos que habitaron la noche.
Y así las aves misteriosas, canto anterior del águila y su incendio
a la quietud de la palabra.

Para un cadáver mejor la muerte tiene un precio concertado,
un puñado estricto de dólares.
Para un cadáver peor, un hospital caritativo,
algunos sacos de plástico herméticos.
Ezra Pound sobrevive en un monólogo de Hierro,
testamento en la fiebre de un psiquiátrico,
los álamos amables que aluden a la estela dejada en el poema o en la vida.

Desde el puente de Brooklyn contemplan la ciudad los poderosos,
sensibles, trovadores de neón y museo.
Nosotros solo vemos una tormenta entre graznidos
y plácidos relinchos de caballos salvajes, y un oso cazador,
y entre el maíz un búfalo y lilas marchitadas,
la flor caída del manzano, la selvática isla de colinas.

Y vemos otras veces los vivos espejismos de un cadáver mejor.

SEX ON FIRE

I

Sé que la sustancia última del mundo
es la contemplación inaplazable de todos los ríos cruzados,
todos los puentes desde la perspectiva de la circunstancia final,
desde el yo que es la historia, la razón de la vida
como realidad biográfica de las gentes que ya son yo,
las ideas que, espectador, me piensan, las personas que soy.

Sé que la sustancia última del mundo
es el último puente que ha de regenerar
este sol deshumanizado de las palabras.
High Bridge, el acueducto, abriéndose como una frontera de acero
sobre el Harlem, y aquí Manhattan y el Bronx en el otro costado.

II

Justo a mi espalda un par de zapatillas
deportivas, gastadas, pendiendo de los cables
de la electricidad. Camino a orillas del East River.
He dado veinte dólares a un niño,
un lázaro del Bronx —doce años, mexicano—
para que me conduzca a la zona del street art,
a la selva del aerosol, oh templos del desahucio engalanados
con el color y el trazo vivo
que aportan nueva sangre al desengaño de las décadas.

Hemos llegado aquí —huero, me dice, sígame y no mire—,
entre las prostitutas del bazuco, sexo abajo del crack y sexo arriba,
escasamente lírico, en Longwood y alrededores.
Hemos visto quizás a un cruel Liberty Valance
vigilando a sus yeguas enfermas del amor.
Y fuimos Bronx invertebrado: las masas de cartón y de chatarra
empujan con razón y vida carritos del supermercado,
y al fondo ya Manhattan, contemplada desde las lomas,
desde los claustros medievales del artificio minucioso:
la ínsula secuestrada por los elementos del éxito.

Ciego de mí, me dejo conducir por el chamaquito del Bronx,
con su técnica y con su ciencia irreductibles, como el rap
que entonan a capela sus cofrades: para vivir pensamos,
para sobrevivir cantamos, dicen,
náufrago o filósofo que entre la idea nada y no discute las creencias.

III

Pienso qué lejos ya los tilos, los robles de Central Park, las ardillas
que trepan con agujas en las uñas a los plátanos y castaños.
Y me llevo del Bronx en la memoria un pavo real y azul de ensueño,
los pícaros del edificio Quince Veinte de Sedgwick Avenue,
sus bailes por los suelos, sus botes de pintura, el universo de paredes rancias
sobre el que late un génesis de invicta inspiración.

Sé que la sustancia última del mundo es la contemplación definitiva
de todos los muertos cruzados, de las gentes que alguna vez
fueron yo. O quizás habrán de serlo.
Y el chamaquito Lázaro callaba cuando entramos al cementerio
y quise tararear *Round Midnight*
ante la tumba de Miles Davis hasta la lágrima,
y quise pronunciar una oración ante el sepulcro de Hache Melville,
y sin embargo preferí no hacerlo: el tiempo es una gran argucia.

Lázaro, en un futuro saldrán de todo esto
algunos versos ciegos de justa rebeldía que resucitarán este instante,
un canto de deseo entre las aguas.

LIVING IN HARLEM

I

Digo silencio cuando avanzo hasta alcanzar la Calle 155,
y un Cid campea en la frontera como una gesta o un cantar
convertido en estatua, el héroe primero del destierro y la anacronía.

Pero contemplar no fue suficiente. Pat Garrett, en su búsqueda dialéctica,
aplica un método y obtiene saldo: Billy The Kid ya es mercancía
y Wyatt Earp se suma con impío revólver a escudar el desespero
de Wall Street en su lucha de clases, en su corral hipotecado.

En El Barrio galopan negros corceles en las tardes cenicientas,
atraídos por una melodía surgida de las ruinas del Apollo
y nadie aparecía, solo ellos la escuchaban porque era Aretha Franklin,
de la pobreza a la alegría, y solo Harlem sabe de este regalo de la vida.

II

Con Demócrito y Epicuro por estas avenidas deambulando.
Encuentran sorprendidos dónde enterrar a un hijo,
cómo explota el obrero, cómo la dinamita
hace crecer las flores en el hormigón, en la piedra,
y las cenizas frente a la calumnia.
Ya no la isla de arces, al sur los sometidos por molinos o rascacielos,
pero aquí el olmo solitario, el laberinto esdrújulo del jazz,
las orillas hispanas río adentro, los ínclitos versos ubérrimos:
digo elogio de la materia y Areta digo.

Es el delirio diario de un poeta recién cantado por la ninfa:
cierro las puertas y las abro para que salga y salude la sangre fecunda.

HARD TO MAKE A STAND

I

Mis pies sobre la isla de Ellis. Imagino a Teodoro el bisabuelo
descendiendo la pasarela de algún barco llegado de Bilbao o de Lisboa:
para el derecho de admisión las revisiones médicas,
los documentos requeridos.

Y con sus fardos y atavíos, la ilusión y el espanto del migrante,
qué aportar a la democracia y qué a la educación,
el pragmatismo frente a una sociedad pragmática.

II

Dejadme entender lo próximo, no el más allá, lo útil
quizás no siempre sea verdadero, mi cultura o mi biología,
la inspiración entre volcanes y cordilleras,
en la verdad del gesto y en los lagos.

Mis pies sobre la isla de Ellis, el arte es experiencia de armonía,
la nueva luz del símbolo, el vampiro ignorado que abstrae la incertidumbre
camino de una nueva realidad.

El vampiro que extiende sus lágrimas de sol acumulado
desde Battery Park y sus grisáceas ardillas.

Mis pies sobre la isla de Ellis y enfrente la estatua Marianne,
vedete antigua de molino rojo, cocotte de cobre iluminada
que canta libertad en cabaret de pedestal sin candilejas.

Mis pies sobre la isla de Ellis y avanzo hacia el Bajo Manhattan,
camino de 14th Street. Renazco desde el Hudson, soy el bisabuelo Teodoro
con sus documentos en regla, su peculio en la faltriquera,
los pícaros que esperan en el puerto a los recién llegados,
la parte más antigua de la villa a finales del diecinueve,
donde algún día crecerá el gran distrito financiero, la Bolsa y sus suicidas,
los ahorcados en nombre de la inversión y las finanzas.

III

Dejadme entender lo próximo, ya sé que no podemos vivir solos.
El bisabuelo Teodoro, el bueno, que buscó lo mejor para los suyos.
El bisabuelo Teodoro, el feo, que no pudo casarse en nuestro pueblo.
El bisabuelo Teodoro, el malo, porque nunca volvió y nunca supimos.
Hasta que llegó su hora quizás viviera en Henry Street,
quizás fuera vecino del gran Truman Capote, sus corbatas de Balenciaga.
Y al pasear por las orillas del East River observo en pardo sepia
la foto que conmigo va, el único retrato que conservaba la familia.

Y aquí los dos, dispuestos a una conquista épica de los asuntos del lenguaje,
un siglo después, vivo idioma para conducir las ideas
que habrán de ser mortaja o sudario del pensamiento.

Y cuando la tarde decide una nueva nevada,
mi madre al teléfono reclama mi presencia
urgente, pues ha puesto fin a su vida, dice,
con voz entrecortada, Eva María:
yo no sé qué ha pasado, hijo, en realidad,
pero has de regresar cuanto antes.

FREE FALLING

I

Nueve horas de vuelo de New York a Barcelona.
Cinturón abrochado, la asfixia acorralada por un nudo,
desde 14th Street, Manhattan, a la Calle 14 de este barrio
donde hubimos nacido. Así las noticias se intuyen:
mi madre dijo has de venir, Eva María se quitó la vida,
tú la habías querido tanto.

Nueve horas de vuelo de New York a Barcelona
y vivimos en el poema y aterrizamos: ¿qué belleza
en la rutina atroz de nuestro tiempo?
Habíamos nacido con la ilusión de un barrio,
hijos de la memoria de un ayer de fragua y de tahona, de leña y herradura:
clavos entre los dientes, entre los dientes pan y aceite.
La rutina, corteza de los días, piel del ahora, de la edad estímulo,
canto remoto de la siega, tierra que emigró hasta las aguas.

II

Nueve horas de vuelo de New York a Barcelona,
la certeza y no la verdad, los epicúreos átomos de la naturaleza
disipados, la estoica geometría del presente,
el álgebra del corazón o la incógnita de la lápida,
arqueros matemáticos entre la confusión como un método o un camino.

El barrio del poeta Rafa Gómez, son sus claras hogueras en la nieve
tinieblas de la estirpe, la molécula colmenera del nuevo hogar, el barrio
de banda de cornetas y tambores, de majorettes, los domingos
por la mañana y fiesta nacional.

III

Nueve horas de vuelo de New York a Barcelona
y Eva María licenciada en Químicas: básculas y buretas, cubetas y cultivos,
la disolución del éxtasis del quizás amor.
He aquí las llamadas de regreso al hogar,
los venablos en los venados del callejón, las palmeras aún en los jardines,
el abono de la tristeza, la vuelta a la voz del estómago
sagrado como los silencios, la representación lingüística
de lo espiritual, el ser último de la literatura: la conciencia,
esas mismas imágenes de un lenguaje que fue elixir o cántico.

SWEET CHILD O MINE

I

Después de amanecer, el sol frío de diciembre,
se adentra uno en el asombro porque la idea ya no es el cosmos.
Todo semeja realidad, un café con leche en el mismo
bar de la misma esquina, el bar del extremeño, hierro y sangre,
el sentido o rutina de la sabiduría.
He aquí el ayer, en estos taburetes hoy usados por otros cuerpos.
No tuvieron, es cierto, la culpa los caballos que nos rinden,
desde siempre, su trote crédulo en la costumbre.

II

Después de amanecer teníamos un fin:
los servales nevados de la alquimia,
el trovador del frío, los silogismos del quizás amor.

Eva María, dice la parroquia, buscó la libertad de forma voluntaria.
Dicen que fue virtuosa y noble, valiente dama, soledad del pájaro.
Se muere mal en esta España, dicen: con paliativos mínimos se muere.

Después de amanecer qué pensaba, si no era capaz de levantar el campo
en este jardín, qué espero de quienes han encontrado la razón
a las puertas del templo estos meses de invierno
que se cuelan entre las fórmulas de la tabla periódica, esas dos letras hacia
el enlace providencial del existir de la materia.

Me siento a jugar a las cartas y detrás de la sota
Eva María es música del mar y las espadas, y ante la baza del azar
sobre el tapete nos recuerdo como niños dóciles atrapados en la duna.

TIRED OF YOU

Uno se cansa de sí mismo y, con Neruda, de ser hombre.
En la salita está el sillón de siempre,
el rostro de los gatos en casa de mi madre,
esos mismos gatos de siempre, aunque no sean, ya lo sé, los mismos.

Así me canso de Neruda y de ser hombre así me canso.
El yo, mi yo, es un fantoche y son los actos de conciencia
las únicas certezas de una ética convencional y horrible.
Contra los otros actúo de forma, supongo, irracional e injusta,
como las bolas de billar tras un impulso azul
de un taco escurridizo y esotérico.
Y es entonces cuando surgen mortales palabras,
palabras que son rosas fugitivas, herederos que evacuan las casas al instante.

Me canso de contar, de tumor en tumor,
uno a uno, a los que se hubieron dejado sin remedio
la vida, veinte, treinta y tantos años,
en la fábrica de uralita junto a los huertos.
La palabra no es suficiente dicen los trovadores de invernáculo,
poetas de la lluvia ácida, mientras arde el bar y leen sus cartas de despido.

Y me canso, sucede, de la materia prima de los dioses,
de la membrana de la vida, del matraz donde hornea la fortuna
sus opciones de sol de invierno en la mañana,
para que todo se olvide y nada permanezca,
salvo los mismos gatos ronroneando
en el sillón de la salita en casa de mi madre.

STREET FIGHTING MAN

Existe un mundo natural, acaso vida del espíritu,
en la plaza a las cuatro de la tarde, cuando los ojos grises de los fríos
descubren nuevos niños del barrio en los columpios,
deslizándose por el mismo tobogán por el cual yo resbalaba.

Hay madres vigilantes en la plaza que ponen paz cuando discuten,
y llaman a sus hijos con fruta o panecillos en la mano y pronuncian
palabras en idiomas que no entiendo, aunque intuyo los ingredientes
del mensaje y la esencia que lo funda.

Eva María, yo mismo, la felicidad en el columpio de un ayer
de rodillas raspadas, de faldilla y pantalón corto.

Después de la niñez llegaron cantos inevitablemente de todo lo finito
desde nuestras gargantas, bocas, las mismas que besaron,
porque ahora sea quizás soleado diciembre
de aquel mil novecientos setenta y tres, setenta y cuatro,
en esta misma plaza de lenguas que ya no distingo
y que mis ojos grises conocen a las cuatro de la tarde,
y la realidad continúa siendo precisamente idéntica.

SAVE TONIGHT

Después de la comida hemos paseado por las afueras,
campo a través, con el juez Vives, con mi madre y una vecina
de Eva María. Hemos llegado hasta el Puente del Diablo,
como aún se conoce al acueducto
construido en época romana, cuenta ya dos mil años,
mucho antes del cálculo infinitesimal.

Y ante tal edificio uno especula y piensa en la continuidad
de la naturaleza, todo germen relacionado por alguna razón o ley latente,
le digo al juez con ironía.

Y así uno se cuestiona la conciencia también de Europa,
si hubo algún lenguaje con tendencia a la concordia
mayor que el de la arquitectura.

Contestó que la música. Es la armonía, expuso,
la que conduce al optimismo, pues somos mero entendimiento hueco,
hasta que el sublime edificio de la música dota de sentido
a esa verdad que esparce matemática y necesaria.

Y así, espejo del universo, desde la partícula minúscula en una nota,
y a su lado otra y otra individual hasta la creación suprema.

Y así los arreglos de nuestra sinfonía peripatética, llegando a la simiente
y a todos los elementos que nos configuran.

Así los gases, así el azufre y el mercurio
mientras buscaban su alimento entre la espuma las gaviotas,
tras las redes de las barcas, como es su costumbre.

Así los arrecifes y los piélagos donde quizás navegue Eva María
y reciba tal vez lecciones de solfeo, clases de piano, porque la oscuridad
es tiburón que cierra los océanos con pasión de escolar aplicado
en el conservatorio, y el juez recuerda que alguien
feneció dialogando con su médico sobre alquimia
y así se puso, de regreso, a salvo de la noche más romana.

DIRTY BLVD

Pero también fueron los años en que lo imprescindible
se podía llevar en los bolsillos como una calderilla que servía
para cincelar lo real, síntesis incompleta para comprender lo absoluto.

Era el todo lo verdadero y lo absoluto nos pensaba
lógicamente, el todo un infinito, aunque no comprendiéramos
lo de las sucesiones del difunto, esas cadenas del espíritu:
la vida no era aún la carestía de la vida.

Y crecimos así, nos acabamos convirtiendo en gatos de la noche,
con ramas de olvido entre los colmillos, dedicados sin vuelta atrás
a la contemplación estética, a esa tragedia cotidiana
del conflicto de la voluntad consigo misma,
fingir ser libres en las artes, sortear la redención.

Hubimos aprendido a bracear en un mar de vertidos,
en esas bahías del lodo en que la luz era costumbre,
tanta ortiga en el corazón, hasta el collado de la asfixia.

Y el aire nos pregunta quién es esa, absoluta,
doncella de la luz que gime entre el mercurio de las playas.

Y volar. Volar lejos, decíamos, sin más.

REST'N'PEACE

Y esto es porque hoy, como nunca, me duele el misterio
UNAMUNO

WITH OR WITHOUT YOU

Sin duda el olor a hierba recién segada
fue alivio en el desasosiego, la energía para afrontar
el último de los adioses ante la previsible multitud.

Sin duda el olor a hierba recién segada
fue la afinidad con un ciclo de regeneración,
antes de que los campesinos sellaran su labor con una hoguera,
la honesta libertad de los sentidos.

Sin duda el olor a hierba recién segada,
el silvestre testimonio ángelmente humano,
la fiera fe desesperada de los patriarcas,
el rescate de su retórica frente a la muerte y sus pseudónimos,
el taciturno ser que aún sublima
la desvanecida belleza, la desaparición.

REHAB

Se acumulaban los pájaros del desencanto en el vientre y en los pulmones
el primero de los días de insatisfacción en un antiguo preventorio,
inaugurado hace casi un siglo, hoy día habilitado para rehabilitar.

Se acumulaban hasta el vómito, hasta el cráneo afeitado, porque
formaba la abstinencia el primer paso, hacia el tedio de estériles deseos.

Por las noches abría la puerta del infierno del pabellón enorme
un conejo blanco de zanfoña y tamboril, y con pausado ritmo y delirante,
se adentraba oportuno en la demencial pesadilla.

Se acumulaban las imágenes en el pozo del desconsuelo
de algún malogrado mañana de un tiempo polifemo.

Y qué muerte la paz, la paz qué muerte, las indestructibles imágenes
del conejo blanco y el polvo de la melancolía
en un antiguo preventorio.

STEAMY WINDOWS

Éramos tiempo y éramos pregunta:
éramos ahí, en el beso, acaso en el pensar,
en la finitud de los cuerpos.

Ser siempre decíamos
y en el venero ser,
en los lagos que el río
dispone en el hayedo.

Ser principio y refugio.
Ser nada antes del roce.
Ser desde el hielo verso
y ser brote de olvido
cuando todo ya nunca sea.

Ser el féretro, ser ahí,
en el destino ser y en la conciencia
del mundo que no es,
gestada en la erosión.

Ser a diario rutina o armonía.
Ser lo imposible en la mortaja,
ser soplo transitorio. Ser
pasión sin mañana ni ahora.

Ser sin solución, ser en el camino
desechado. Ser horizonte
y posibilidad. Ser en el vértigo,
ilusión anulada ser.

Ser ausencia en el tacto
y habitar el poema.
Ser tiempo y ser auténtico,
en el corazón tiempo,
tiempo así en la mirada,
en manos y uñas tiempo,
tiempo así en el pulmón.
Destino ser, ser apetencia.

Ser sentencia y espina
de corona de corazón.
Ser agua con el mar al hombro.
Ser mujer y crear un dios.
Ser niño desgarrado y ser
lenguaje y universo
donde el dolor habite.

En esta quizás realidad
ser laúd y lectura.
Ser rabel y salterio,
cadáver de la exactitud
en esta habitación de malvas,
de crisantemos y asfódelos
donde es beso el olvido
y horizonte y espacio cierto,
y labio de carmín sin vida
y límite y memoria maquillada,
y ventanas con vaho reciente:
escapate al fin de lo imposible.

REDEMPTION SONG

Ya parte, madre, ese cortejo hacia el crematorio.
¿No oyes cómo lo anuncian las galernas,
ese presentimiento siniestro de la vida?
Desde hace unos días respira la muerte y vive
en nuestra calle, e inexorablemente vence
por acuerdo, con términos y prórrogas,
pero no puede convencer con su eterno silencio,
porque aquí la memoria y la elocuencia.

Ya parte, madre. Es el cortejo que acude al crematorio,
decisión del barquero, morir y no morir.
Acerquémonos y salgamos a plantar cara,
salgamos porque somos hoy y aquí los trágicos, madre,
los enemigos del dolor en tiempo detenido,
porque se muere en cámara lenta y lo sabemos.

ARDE EL BAR

SÓCRATES: ¿Por dónde quieres que comencemos a investigar, para llegar a saber si los propios nombres nos confirman que en absoluto son adjudicados cada cual aleatoriamente, sino que observan cierta rectitud?

PLATÓN

PURPLE HAZE

I

Según las leyes y las costumbres del suburbio,
arde el bar como una caverna en estas horas ya rasgadas,
porque el viudo Manolo Village ha decretado en su taberna
tres días de puertas abiertas, barra libre mañana y tarde,
y persiana a media asta durante la noche.

Porque el lenguaje también es memoria, Manolo Village se ha tatuado
en los dedos, bajo los nudillos, las tres letras de Eva en el corazón,
índice y anular, con una tinta azul, matiz eterno, de cuerpo medieval.

II

La urna con las cenizas de Eva María preside las noches
y los días desde un estante, al lado de las botellas de vodka y ginebra.

Arde el bar a ritmo de mazurca y el fulgor de los escualos por el suelo,
las rosas muertas del mercurio, minotauros del heavy metal.
Príncipes del ocaso beben a la salud del abandono. Va vestida la muerte
con chistera y una diadema de gasa amarilla que sujeta la pelambre.

He ahí la amistad cansada, surcando el bar, y en la intemperie
callan las calles, niebla y noche, océanos de ausencia,
ya sin cabinas telefónicas, desiertas de voz, y en los cines
reponen un adiós al cuerpo, sesión continua y madrugada.

III

Algún lobo de barra lee *Cathay* y los conejos blancos
de vez en cuando hacen su entrada y acaso vislumbran que afuera
hay sombras que desaparecen y generan más sombras
calcinadas por las suturas del sol y sus secuaces.

En cuarenta metros cuadrados el conocimiento del mundo,
y el bien tan solo se escuchaba en tubos de gintónico que brindaban.

He aquí la hoguera interior, la alegoría de los sentidos sublimados,
místicas camisetas negras y un balbuceo solipsista.

Comprenderlo todo tampoco sería necesario:
el tiempo estaba aquí, tras la púrpura niebla y la tormenta,
tras un bajón de dardos tan lejos de la diana cazadora,
con dos cubitos de silencio y los viajes del alma a los retretes.

LET'S DANCE

Repetir lo aprendido, la dentellada de los tiempos,
y acabar arrastrando la herida desatada de la felicidad.

Dejadnos bailar, dioses del hospicio, esta danza ancestral que conocemos
evocando el ovario de la muerte, el salto del verso al vacío.

Dejadnos bailar, dioses formularios, dios prescripción, dios método,
el baile individual que intuimos, el baile en el que brilla
la duración de los sentidos, la otra cara de la victoria.

I WANNA LIVE

«Amanece de nuevo y todos tememos a la muerte.

Pero no Eva María, Catón o Hero, Lucrecia o Tisbe, Werther o Sofonisba.

El conocimiento fue acción y lobo fue para nosotros.

Somos de comunión con el cemento,

practicantes de una antropología palpable, sin especiales ilusiones,

hermana gata que hoy acudes a la ventana,

hermano toro que ayer mugías a la muerte.

Somos héroes de tajo y desempleo, buscavidas que esperan
el leviatán con garfios, con arpones.

Dicen los entendidos que nos rige

un determinismo mecanicista, la máquina

y el yo, que nuestro devenir explica.

Pero tuvimos hijos en el caos, en una vida primitiva, áspera,

dicen los entendidos, brutal y solitaria.

Y quizás sí seamos alcalinos de base, caballeros andantes del petróleo,
entre las tuberías rencos diablos y sin remedio pícaros de los hidrocarburos:
nos tumbamos sobre la hierba bajo los cuarzos de los álamos».

Y el tal Manolo Village así ajustó su prédica

y puso a funcionar la cafetera al albor del segundo día.

YOU SHOOK ME ALL NIGHT LONG

I

Manolo Village hubo servido en la marina,
«in the navy», decía, y por ello su apodo.
Cuando se licenció, junto al petate,
trajo consigo cientos de pinturas que había elaborado
en el camarote durante dieciocho meses
y un día las colgó en el bar hace ya tantos años.

Dicen que pasa noches enteras observándolas
y habla a sus láminas: el arte siempre es mercancía, la oscura
construcción de la estética, la manipulación de la conciencia
de las multitudes, la industria que confecciona una cultura.

II

Y así, esta noche ha descolgado el póster de Che Guevara sin explicaciones, se aprecia un cierto desencanto: los medios, dice, sirven siempre a un fin muy poco racional en motivos artísticos.

Y si es cuestión de adorno, colgaré, dice, el último retrato al óleo de Eva, en el mismo lugar, para cumplir el ciclo de la moral y la belleza mínimas. Y sea el quemador el destino del cuadro, de toda obra de arte, la poesía posterior a Paul Celan, el lado oscuro del análisis de los muy entendidos.

Mirad mis cuadros, dice, vemos una creación popular, un motín cultural indómito y que avanza, por destino, hacia un agotamiento de expresión.

III

Y así las rogativas del soldado, la trastienda de su energía,
la confección y el corte de las artes a salvo en su almacén de ultramarinos,
porque no hay amor más enorme que el camino a la eternidad
en titular efímero de prensa o abriendo un noticiario.

HARDER THAN YOUR HUSBAND

I

Resucité al tercer día, podemos decir, y mientras hago la maleta,
con el entendimiento abandonado, reconozco lo sucedido
en las jornadas últimas.

La reflexión tomará cuerpo con la distancia, cuando
los arañazos y las brasas de este tiempo infinito
reencarnen las vividas circunstancias.

Tardaré en volver, barrunto, comento a mi madre.
Lejos de esta Calle 14 viviré de algún modo en un exilio,
cuando los sentidos aporten recientes experiencias
para seguir creando sedimentos en mi vida minúscula.

Una vez en mi habitación de la 14th Street, la soledad al hombro,
mi ritmo diferente, ya todo ha de volver a lo sensato,
las conclusiones prácticas que habrán de influir en la conducta
de cuanto resta por venir.

Las ideas complejas antepongo, si acaso, pero sobre todo
los pactos a los que he llegado conmigo al cabo de los años:
qué sea legítimo y qué sea incuestionable, qué principios morales
si las gentes son causa del dolor.

II

Todo será otra vez lenguaje.

He de volver a las ardillas de Battery Park y al encino
de los pantanos y a los plátanos grisáceos hasta la fatiga,
entre la búsqueda de la delicia y la evasión del desconsuelo.

Todo será otra vez lenguaje.

En mi mente el cuerpo vestido de cenizas de Eva María,
al que trepé como si un gato cuando la juventud nos creía inmortales.

Quizás sean los objetos las causas del dolor
e imagino, para encontrar la calma, el bosque donde héroes y dioses
la libre voluntad negocian para acatar o vulnerar las leyes.

Qué valles habitó la doncella rebelde,
este testimonio bizarro del rostro de la voluntad,
el rapto custodiado por zampoñas y músicas perpetuas.

III

Ordeno la maleta, la cierro y abrazo a mi madre.

Abordo un desierto silencio mientras Eva María en la memoria
—sus pechos aún de niña— inicia sus estudios, ciencias químicas,
y su día a día en la fábrica, los compuestos binarios y los plásticos
que se van cruzando en este térmico recuerdo
y dejan caer el ancla de la infinitud:
algún día, tal vez, será poema entre desechos de claras elocuencias.

Todo será otra vez lenguaje
si acaso conocí la dicha: la paz que ha masticado
esta morfología de las horas, los átomos de la melancolía
y en un laboratorio la ternura.

BIS

Las palabras más silenciosas son las que traen la tormenta:
pensamientos que se acercan con pies de paloma dominan
el mundo.

NIETZSCHE

WAVE OF MUTILATION

I

Tal vez la ceguera y la voluntad, el nihilismo todo hasta la superación de las fronteras fantasmas, hasta vencer las carlancas de los cenagales de la devoción, la tragedia de un hermoso consuelo.

Sócrates o Manolo Village, a persiana bajada, certifican la crisis de la tragedia, la cultura estéril de lo ancestral, demasiado humano quizás, al cabo, todo.

Tres días de devastación, tres días sin tregua arde el bar abierto de aurora a aurora, porque solo los débiles se necesitan humildes, y he ahí la arrogancia y el desafío de la pérdida de la razón, la muerte del dios que todo lo subsana, la posibilidad de crear un superhombre o un supermanolo.

II

Manolo Village, quizás la ternura o quizás la rebeldía de este barrio, afirma su voluntad de poder, de vida indiscutible en su amargura, y aboga por el eterno retorno de los años setenta y su triunfo en la pista central de las discotecas, la edad dorada de la amistad y del cariño.

Y durante tres días, a persiana bajada, Manolo Village ha coreado desde la interminable soledad, por las noches, «we are the champions» con el volumen al máximo, con la euforia de la muerte y el ron cola, ante la urna cenicienta —no es la urna de Keats— que contemplaba la escena desde una estantería, entre botellas de vodka y de ginebra.

Y cayó como cayera en Roma, desde Robbinsdale hasta el mar, Gregory Corso —el infinito, el que nunca murió—, como un caballo reventado, abatido por el cansancio en el desierto de las horas y el cielo amarillo, con sus jinetes de sed y de desánimo.

Porque ya no es Dios la verdad única como lo fue para la coherencia de aquellas madres: la muerte apocalíptica de Eva María confirma la muerte de Dios.

III

La muerte de Eva María desencadena la eclosión de los símbolos del arte, el único aliciente de la vida ante el desengaño: el gallo, el cirio y la rosa blanca de las doncellas en la ceremonia, la caracola en el pecho para escuchar los latidos de un amor conmovedor y apasionado, el ojo de la pluma del pavo real para recordarnos que nuestro vuelo ha de ser deseo en la palabra.

La muerte de Eva María abre de par en par las jaulas para el corazón y su canto último de cresta púrpura, el trovador en la corte en un segundo primera, no están hoy tus padres, la oración antes de la caza del antílope, el desafío con la lanza de su sexo, para arribar, por fin, a una muerte seminal en unas horas, el cuerpo embalsamado y escurrido.

La muerte de Eva María certifica el crepúsculo de la fe, he aquí el hombre, más allá del bien y del mal, el estímulo para encontrarse en los otros.

IV

Canto o temblor en las aguas de Manhattan, siglo diecinueve, la diligencia cabalga hacia la tragedia inexorablemente en Río Rojo, y el gran guerrero, con la astucia del puma, observa cómo el bisabuelo Teodoro enseña sus papeles recién llegado en un vapor o en una carraca a la isla de Ellis.

Eva María sueña con la fisión en un sueño de morfina. El mañana no ha de ser mejor, polvo y sombra en los fragmentos del poema, y de océano a océano Inger Stevens, tras la cabalgada de los malditos en Río Bravo, con la paciencia del castor, se toma un tiempo para la muerte y desprecia la vida con un sinfín de barbitúricos.

El canto ante la multitud, ante la conciencia del último aullido, del último viaje a Río Lobo, nada ha de desaparecer en este día, aunque ni murió melancólica ni inspiró cantares. Pero aquí el verbo, el nuestro, el que ha de coser la memoria, como una mandíbula aferrada al cuerpo mucho antes del crisol y el olvido.

Y en el viaje definitivo, pensaba en las nueve horas del vuelo de Barcelona a New York, el reencuentro con la voluntad hipnótica de Rothko, con las resinas de Pollock, su búsqueda y su aroma en gasas y escayola, con la mujer paisaje de De Kooning, su lírico barro en la sala de espera de la muerte, a la que ha de acudir el maqueado y compungido rey, tan lorquiano, del Harlem, un domingo por la mañana.

Y así este viaje relámpago, este canto total del que participan todos quienes hemos sido yo, el yo en los otros, esta ola de mutilación de la vida del ayer, el manantial del arte del que brota un lenguaje en el que aún no me reconozco: tenía que volver, lo sé.

Y así se apodera de mi voluntad el billete de ida y quién sabe la vuelta, rellenaré el formulario de la aduana y esa sensación de estar rodando un western, trotando audaz a la conquista.

TABLA DE POEMAS

LA CONQUISTA

| | |
|----------------------|----|
| ALL APOLOGIES | 3 |
| BECAUSE THE NIGHT | 6 |
| WILD HORSES | 9 |
| SEX ON FIRE | 11 |
| LIVING IN HARLEM | 14 |
| HARD TO MAKE A STAND | 16 |

CALLE 14

| | |
|---------------------|----|
| FREE FALLING | 20 |
| SWEET CHILD O MINE | 22 |
| TIRED OF YOU | 24 |
| STREET FIGHTING MAN | 25 |
| SAVE TONIGHT | 26 |
| DIRTY BLVD | 28 |

REST'N'PEACE

| | |
|---------------------|----|
| WITH OR WITHOUT YOU | 30 |
| REHAB | 31 |
| STEAMY WINDOWS | 32 |
| REDEMPTION SONG | 34 |

ARDE EL BAR

| | |
|-----------------------------|----|
| PURPLE HAZE | 36 |
| LET'S DANCE | 38 |
| I WANNA LIVE | 39 |
| YOU SHOOK ME ALL NIGHT LONG | 40 |
| HARDER THAN YOUR HUSBAND | 42 |

BIS

| | |
|--------------------|----|
| WAVE OF MUTILATION | 46 |
|--------------------|----|

